

A CONTRALUZ

(Muestra para la Comunidad Orsai)

Maribel Vera Raja

La sombra de mi alma
huye por un ocaso de alfabetos,
niebla de libros
y palabras.
¡La sombra de mi alma!

Federico García Lorca

Introducción

Los caminos que conoces te llevarán a los mismos lugares de siempre. ¿Alguna vez has probado a caminar hacia atrás? ¿Buscar el sol en la noche? ¿Observarte desde el suelo? ¿Nadar en un suspiro?

Aunque no siempre podamos verlo, la vida no deja de ofrecernos retos y oportunidades para adentrarnos por caminos desconocidos, para vivir nuevas vidas y experiencias que, por difíciles que sean, no harán otra cosa que enriquecernos y aportarnos más claridad que si nos quedamos caminando por el sendero que ya conocemos de memoria.

Salir de nuestra zona de confort es lo que nos hace ver más claras nuestras virtudes y nuestros defectos, nuestra luz y nuestra oscuridad. Atrevernos a vivir situaciones desconocidas, acercarnos a personas que nos rompen los esquemas, observar de frente el dolor en la tragedia y la ilusión en el maravilloso regalo de despertar cada día. Atrevernos a sentir, aprender a valorar.

Si sentimos y nos escuchamos con honestidad, descubriremos las luces y las sombras que habitan en nosotros. Podremos integrarlas en una bella escala de grises que más tarde podremos colorear a placer.

Para lograr todo esto, es necesario perder el miedo al cambio y abrazar cualquier novedad que nuestra alma nos pida, aunque nuestra mente intente frenarnos con su catálogo de peligros... A la mente hay que escucharla lo justo para caminar con prudencia, pero evitando que esta prudencia nos paralice. Es crucial perder el miedo a decir adiós y a volver a empezar.

‘A Contraluz’ es una recopilación de instantes, emociones y reflexiones que me acompañaron a lo largo de uno de estos senderos desconocidos que me trajó la vida y en el que decidí adentrarme. Un camino que transité con miedo y dolor, pero también con ilusión y esperanza. Un camino que me ofreció un enorme aprendizaje acerca del amor, la amistad, los miedos, la vida y la muerte, los principios y los finales, las luces y las sombras. Son instantes congelados de un alma en transición, regados con las gotitas de amor que fui recogiendo por el camino y que me ayudaron a llegar al final de este viaje. A romper mi crisálida.

Y es que caminando a contraluz podemos conocernos de verdad.

Podemos aprender a vivir.

La luz de las tinieblas

Y a la luz de las tinieblas
decidí entre incertidumbres
que había llegado, al fin,
la conclusión de la introducción.

Y en el soplo del viento que arrecia el desierto,
tambaleándome estancada,
atisbé un oasis que,
en su mutis seco,
pedía a gritos la caricia de mi pluma.
Mi pluma sin tinta.
Mi pluma invisible y alada.

Por el aire etérea danzaba y,
pareciendo no escribir nada,
me daba besos de agua,
dejando destellos

de huellas sin marca.

Como cuando surcas el azúcar con un dedo.

Como cuando una mirada hace estremecer tu
cuerpo.

Como cuando sientes el sabor del aroma del deseo.

La dama de noche

La dama de noche se ha perdido.

Sus efluvios emanan en la triste noche.

Sus pétalos se abren,

desafiando al papel que intenta organizar el tiempo.

Y huele. Huele a noche, huele a sol.

A bienvenida huele.

Sientes su aroma desorientado

y al cabo entiendes

que otros la perdieron,

la desoyeron,

la abandonaron.

Y lo hicieron para que tú puedas recoger ese aire

ajazminado en la triste noche...

Que para ti es cálida.

Ajazminado aroma
sobre el que se alza,
poderosa y desafiante,
la reina y señora
que desde entonces
siempre te mece
en su sosiego menguante.

La dama de noche que se perdió para encontrarte.

La dama nocturna que te agitó para acunarte.

Deformación

Es conveniente no decirle nunca a una balsa
que es una balsa.

Es preferible que se sepa delfín,
puesto que es lo que en realidad es.

Es peligroso que una mirada ajena
descubra lo ajena que es a tu mirada.

Mejor que crea ser siempre
lo que siempre creyó ser.

Silencio

Y qué impotencia el tener que callar
cuando el alma grita.

Y qué dolor desgarrar el alma
cuando el silencio habita.

Qué lleno está el vacío de palabras
que nunca llegaron donde querían.
Que nunca llegaron a ser dichas
por exceso de prudencia
o falta de valentía.

Palabras que vuelan sin ser vistas.
Pero que traspasan y erizan pieles.
Palabras que podrían cambiar vidas.
Pero que se quedan atrapadas,
rebotando en el árido
acontecer de los días.

Palabras transformadas en miradas.

Miradas ávidas de ser entendidas,
impotentes por saber que los labios
se han convertido en la prisión
de una pasión escondida.

O de una injusticia no dicha.

O de una verdad que peligra.

Días de silencio,
grietas en el alma.

Heridas que se amplían
si no hay voz que las subsane,
porque el mutis corrosivo
crece en su esencia inane.

Y la herida que fue grieta
acaba siendo túnel.

Un túnel de vacío que se hace
grande, grande, grande.

Tan grande que te ahoga
y te puede hacer creer
que nada ya te cala,
que no te importa nadie.

Pero no suele ser cierta esa apatía.
No es tuya esa frialdad.
Simplemente te avisa
de que encierras un silencio
que es necesario curar.
Quizá ya tan antiguo que ni recuerdas
que te impide respirar.

Pero es importante recordar.
Descubrir los días de silencio
que te empezaron a agrietar.
Entrar a lo más hondo de sus cuevas.
Poner palabras a lo vivido
Y, al fin,
Sin miedo empezar a hablar.

Volar

Huyo de las palabras
envueltas en seda
que esconden correas con hebillas,
silenciosas ataduras de tormenta.

No podré quedarme si insistes en que me quede.
Mi alma es fiel a quien deja mi cuerpo libre.
A quien el calendario deshace.
A quien no cuenta los días,
a quien exprime conmigo
los instantes compartidos,
pero vuela por el aire
buscando nuevos trinos.

Me asusta que me pidas
que repitamos el sendero
que ayer brilló sin proponerlo.
Porque la magia no se busca.

Porque repitiendo mataremos
el destello de aquel primer momento.

Me da miedo que quieras retenerme,
porque es justo lo que provocará
que algún día, quizá,
ya no quiera volver a verte.

No quiero ataduras
porque sólo hay una vida
y en el mundo hay mucho que ver.
Que sentir.
Que aprender.
Muchas personas con las que conectar.
Muchas vivencias por experimentar.

Pero nunca dejaré de quererte,
ni tampoco te abandonaré,
si me dejas volar libre,
siendo fiel a lo que siento.

Y no a lo que sentí ayer.

Porque a mí,

mientras me quede camino,

me sobra el polvo en las alas.

Me quemán los pasos del sendero yermo.

Déjame volar sin miedo

Y verás cómo volvemos a cruzarnos...

Haciendo acrobacias en el cielo.